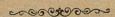
no de su familia. Hizolo el pobre conminado con terribles castigos, con lo cual el inquebrantable P. Malagrida quedo sin otro compañero que su fiel portugués, el cual se tenia por dichoso en poder compartir con el Padre

sus padecimientos y privaciones.

Con estos reveses sufridos por el ministro de Dios, cantaban los hechiceros triunfo creidos que los abandonaria avergonzado de su derrota: mas notando con ira y con estupor que, à pesar de todas las contrariedades, seguia el buen soldado de Jesucristo impertérrito en la brecha, llevaron más adelante su inquina, y resolvieron quitar de en medio aquellos dos huéspedes importunos. Reunido con este fin todo el pueblo en asamblea, propusieron su trama y pidieron su aprobación y auxilios: y aquellos felones, queriendo pagar la abnegación y celo del Apóstol, á quien ellos mismos habían llamado, con la más negra ingratitud, dieron consentimiento unanime, comprometiéndose vilmente à atentar contra la vida de quien así se exponía para darles la eterna.



## CAPÍTULO X.

Huye de los Barbados el P. Malagrida y es nombrado profesor del colegio de San Luis.

Decretada la muerte del Misionero, trataron los bárbaros de ponerla cuanto antes en ejecución, haciendo sus aprestos y ceremonias acostumbradas. Durante tres noches consecutivas se dispusieron para el terrible atentado. Con los cuerpos horriblemente pintorreados de rojo y de negro, la cabeza engalanada con corona de abigarradas plumas, después de comilonas y embriagueces, danzaban al són de cantos y gritos frenéticos, acompañados de adufes y matracas, que en el silencio de la noche resonaban por aquellos bosques, valles y cañadas de un modo capaz de poner espanto à varones menos impertérritos que nuestro Apóstol. Ignorante este de la traición armada contra su vida, no sabía á qué atribuir aquellos alaridos feroces y trasportes salvajes de alegria: con todo nada de bueno auguraba de pechos tan sanguinarios, ingratos y empedernidos.

Presto se le descifró el enigma. El tercero dia muy de mañana vió venir á todo correr hacia su cabaña á los dos jóvenes Barbados, cuyos padres impedian su trato. Huye, Padre! le gritaban medio llorosos, Huye, que te quieren

matar! Huye! vén con nosotros y procuraremos salvarte por más que hayamos de morir contigo. Saltáronle al Padre las lágrimas al encontrar tanto y tan inesperado reconocimiento y amor tan fino en entrambos neófitos. Con esto, lleno el Padre de compasión y ternura, procura persuadirles que vuelvan de nuevo á sus familias, librándose de la muerte, á que se arriesgaban por salvarle á él la vida. Empero los buenos mancebos se pusieron á llorar, y con sollozos y lágrimas le suplicaban que no desechase sus ofrecimientos.

Padre querido, le dicen, queremos subir contigo al cielo! Ven, huyamos: tenemos tiempo todavia!

Pero ¿á dónde, hijos mios? les contesta el buen Pastor. ¿Nó veis que estamos rodeados por todas partes de enemigos? A cualquier punto, donde vayamos, caeremos en su poder: no pode-

mos escapar.

Entonces uno de los neófitos echándose al cuello del Padre, tómale el Crucifijo que llevaba pendiente, y le dice: Hé aqui nuestro guia! Toma esta cruz, llévala enarbolada con la imagen vuelta à los asesinos, y la cruz los encandilarà los ojos y harà que nos dejen pasar sin hacernos daño ninguno. Al oir el P. Malagrida de los labios del jovencito respuesta de tanta y tan celestial confianza, cree reconocer en ella la voz de Dios. Enhiesta, pues, la enseña de nuestra redención, pónese en camino, seguido de su fiel portugués, y de los dos indios mancebos, que hacian de guías.

Escapáronse al bosque con gran sigilo, y tomaron rumbo hacia el rio Meary, desde donde esperaban encaminarse con mayor facilidad à las plantaciones de los colonos europeos. Pero al poco tiempo los dos guías perdieron la senda, enredándose en medio del bosque, como en laberinto sin salida. Entre tanto llegó la hora señalada por los bárbaros para sacrificar à los dos extranjeros. Con sus gritos y algazara de costumbre, armados de enherboladas flechas y gruesas macanas, cayeron sobre la choza de los huéspedes, y la encontraron desierta y vacía. Rugiendo entonces de rabia y despecho, trascurridos unos momentos de indecisión y sorpresa, se lanzaron en todas direcciones en persecución de los fugitivos.

Seguian estos sin norte, errantes por entre las malezas de las selvas, en medio de las mayores angustias. Los gritos desaforados y espantosos del enemigo, mezclados con los rugidos de panteras y leones, se iban acercando, y les hacia temer à cada instante caer en manos de sus perseguidores. El terror y sobresalto por un lado, por otro cabo las malezas, que desangraban sus desnudos piés, les atajaban los pasos de arte que los dos indios mozos, por otra parte acostumbrados à semejantes penalidades, habrían perdido el aliento, à no haberlos esforzado con sus ejemplos y palabras

el invicto P. Malagrida. Por fin, á vueltas de tres días de agonía de muerte incesante, á pesar de haber seguido opuestos senderos, se encontraron con el rio Meary, que les podía conducir al término deseado.

Mas para esto era preciso navegar por su alveo caudaloso: y ¿cómo acometer tan dificil empresa, hallándose, como se hallaban, en tan espantosa soledad sin barca ninguna, ni tampoco instrumentos con que labrarla? Para obviar estos inconvenientes cortaron, como pudieron, árboles jóvenes, desgajaron gruesas ramas, y entrelazando unas con otras, formaron dos informes almadias, sobre las cuales se abandonaron los cuatro à merced de la corriente, que se los llevó con rapidez increible. Bogaban de esta suerte, cuando repentinamente resonaron terribles alaridos y aullidos amenazadores en la ribera. Eran los Barbados, en cuyo poder habrian caido los fugitivos con haber tardado unos momentos más á echarse al agua. Bramando los bárbaros de ira, dispararon contra la almadia sus flechas, pero en vago, porque gracias á la impetuosa velocidad del rio, pronto los cristianos se vieron á cubierto de los tiros y perdieron de vista á los perseguidores.

Libres ya del inminente riesgo, que habían corrido, prosiguieron su rápida navegación bendiciendo al Todopoderoso por haberlos libertado del furor de sus enemigos. Con todo, no habían llegado todavía al extremo de sus males. Al trasmontar del dia las almadias chocaron fuertemente con un grande tronco, que flotaba en medio del rio, y deshecha con el choque la endeble y mal trabada embarcación, ca-

yeron los cuatro al agua. Felizmente los jóvenes indios eran excelentes nadadores; sin ellos el P. Malagrida se había anegado sin remedio; pero los diestros neófitos le cogieron, y sano y salvo lo sacaron á la orilla. Agradecido el náufrago Apóstol á la especial providencia, con que el Señor le gobernaba, internóse buen trecho dentro del bosque, y allí, mojado como estaba, se postró de rodillas al pié de un árbol y se recogió en profunda oración, que á pesar de sus fatigas y quebrantamiento prolongó hasta la mañana.

Jamás, decia más tarde hablando de aquella venturosa noche, jamás el Señor me colmó de tantos consuelos y favores como en esta noche faustisima. Engolfado en la contemplación de su bondad inmensa, que me había salvado de tantos peligros, me pareció ver un ligerísimo alazán, ricamente enjaezado, y á punto de lanzarse à la carrera. Crei reconocer en este simbolo que Dios me llamaba à otras correrías apostólicas por países, todavía no visitados por los misioneros del Evangelio. Al mismo tiempo me pareció oir una voz, que me aseguraba llegaríamos presto al término de nuestras fatigas. Los resultados justificaron la verdad de la visión, confirmada por un prodigio de la divina gracia.

Los compañeros del Siervo de Dios en habiendo tomado sobre el duro suelo un corto descanso, y después de haber reparado las fuerzas un tanto desfallecidas comiendo algunas raíces silvestres, construyeron otra almadia por el estilo de la primera, y la botaron igualmente al agua. En ella entraron, como anteriormente, los cuatro viajeros, y se entregaron al impulso de la impetuosa corriente. Navegaban felizmente con santa alegria, cuando, después de breve tiempo, al llegar á un recodo, se encontraron con una canoa, provista de tantos remos, cuantos eran los remeros. Maravillados de tal hallazgo y coincidencia abordaron la ribera: averiguaron si habia en la arena pisadas, que indicasen la dirección de los dueños de aquella navecilla; y, como no descubriesen ni rastro siquiera de huellas humanas, dieron gritos, á que solo contestaron los ecos de aquellas prolongadas selvas. Aguardaron buen rato, volvieron a vocear, y, como anteriormente, solo el eco les respondía. Con esto saltaron à la barca, que les había deparado la divina Providencia, y llenos de religioso reconocimiento y entusiasmo emprendieron de nuevo su rumbo.

Unidos los remos al impulso de la corriente, volaba por el seno del rio la canoa, magistralmente dirigida por los jóvenes Barbados. Seguían todos gozosos, hablando de la protección paternal, que el cielo les dispensaba, cuando uno de ellos dió un grito de placer. ¿Qué nuevo acontecimiento le causaba tal alborozo? Había divisado á lo lejos las plantaciones portuguesas, à la orilla del Meary, y con tales trasportes de alegría lo anunció á sus compañeros de infortunio para hacerles partícipes de su dicha y contento.

Llegados á ellas, fueron recibidos con sentidas aclamaciones de gozo por aquellos colonos, los cuales creidos de que el P. Malagrida habría sido víctima de los pérfidos Barbados, lloraban ya su temprana muerte. Allí se quedaron los huéspedes, aceptando agradecidos los obsequios, que les prodigaban los caritativos labriegos. Mas tan pronto, como sintieron ya restauradas las quebrantadas fuerzas, se embarcaron en una canoa más cómoda y ligera, que les ofrecieron los colonos; y emprendido su derrotero á la capital, arribaron buenos y salvos después de feliz travesía.

El inesperado arribo del P. Gabriel al colegio de S. Luis fué dia de regocijo y de espansión santa. Padres y Hermanos, todos le rodeaban ávidos de oir de su boca sus derrotas y triunfos, sus duelos y alegrías, sus humillaciones y sus glorias, sus persecuciones y conquistas; todos le preguntaban, y á todos satisfacía, alentando á todos á tomar á pechos el cultivo de aquella viña, que les había sido confiada.

Por su parte, pasadas algunas semanas de reposo, en que más que las fuerzas corporales procuraba rehacer las espirituales, estimulado por su caridad ardiente despulsábase por la salud eterna de los pobres infieles, y no pudiendo resistir á la llama, que ardía en su pecho, fuese al Superior, y arrojándose á sus piés, le pidió su bendición para tornar á sus excursiones apostólicas. Pero el Superior creyó de mayor gloria de Dios emplear sus servicios en

otro ministerio de la casa, y puso á su cargo enseñar las bellas artes á los jóvenes Jesuitas. El generoso Apóstol, avezado ya á ofrecer todos sus afectos en aras de la obediencia, harto más grata al Eterno que la sangre de las víctimas, sacrificó magnánimo sus más queridas ocupaciones, y se consagró con todas sus fuerzas al cumplimiento de su cometido.

Sabemos ya el brillo y habilidad con que en Europa habia desempeñado este papel, y asi no hav que decir que, con igual lustre, erudición y laboriosidad, lo desempeñaba en América, ni menos que, al mismo paso de iniciar á sus discipulos en los principios de la elocuencia, poesía y estética, sabía inflamarlos en ardoroso celo por la divina gloria y en vivas ansias de ir à evangelizar à tantos pueblos, que ignoraban aun la buena nueva de gracia y salvación. No fueron estériles sus palabras, ni golpes en vago sus exhortaciones, sino semilla fecunda, que trasformó aquellos corazones en corazones de apóstoles, los cuales debian regar más tarde, con sus férvidos sudores, campos todavia no roturados de la divina heredad.

Su edificante actividad, sin embargo, no se limitaba al estrecho ámbito de su clase. En el confesionario, en la cátedra sagrada, á la cabecera de los enfermos, en las cárceles, en las plazas y calles desplegaba su inagotable caridad; y, no contentándose con adoctrinar á los habitantes de San Luis, salía cual alazán brioso todos los domingos á recorrer los pueblos ve-

cinos para instruirlos en la divina ley. Sigámosle en una de sus correrías.

El sábado por la tarde, al fin de su clase de literatura, emprendía su ruta á pié descalzo y sin más provisión que el pan de la Providencia; y después de seis horas de penosa marcha, pasadas en la meditación ó en santas conversaciones, solía llegar al término de su viaje, entrada ya la noche. Dirigíase al momento á la iglesia, donde le aguardaban ya los portugueses ó indios préviamente avisados, y les hacía una fervorosa plática disponiéndoles á la penitencia. Luego después, sin admitir huelgo ni descanso, encerrábase en el confesionario para oir á los penitentes, y por lo comun no se retiraba sino hasta la media noche.

Como quiera que al dia siguiente había de celebrar el santo Sacrificio, le era preciso quedarse en ayunas, pasando en oración la mayor parte de la noche. En alboreando la aurora, volvía nuevamente al tribunal sagrado, de donde no se levantaba sino para decir misa. Llegada la hora oportuna, volvía de nuevo, primero á dirigir la divina palabra á los fieles, ya para instruirles debidamente en el conocimiento de la divina ley, ya para apercibirlos para la sagrada comunión, y, después, celebraba con gran fervor los divinos misterios, y repartía á los dispuestos el pan eucarístico.

Solamente un celo ardiente, como el del Padre Malagrida, era capaz de soportar tantos trabajos y fatigas, sin tomar, hasta cerca de la una de la tarde, alimento ninguno, y este muy medido y apenas suficiente para reparar las fuerzas, agotadas con tantos afanes. Para remate feliz y correspondiente à tantos desvelos, emprendia otra vez, à pié descalzo, la vuelta del colegio, à donde llegaba al anochecer con el cansancio, que es fácil adivinar. A este talle gastaba todos los dias de descanso nuestro infatigable obrero. ¿Y qué diremos de su vida doméstica?

En lo que toca á su conducta privada era de los primeros del colegio en la observancia regular, haciendo caso de perfiles, que á los tibios parecen naderías ú ociosidades, y tomando con gran empeño menudencias, que pudieran ser tenidas por nimiedades de quien no sabe entender que manda el Señor guardar con demasía sus preceptos. Además de tanta solicitud y afán, dentro y fuera de casa, en promover el divino servicio, como si nada fuese haber dado por segunda vez solemne misión durante el curso á los moradores de la capital, al llegar las vacaciones mayores solto la rienda á su caridad inflamada, y en vez de reposo salió en busca de más almas, evangelizando las aldeas de Tapuytapera, Icatu, Itapicuru, Najatuba y Meary. De esta suerte, sin curarse de las comodidades de la vida y cerrando con ellas, mezclaba las vigilias de la clase con los cuidados del apostolado el virtuoso Maestro, durante el año escolar de 1727. ¿Quién con esto podía negar ya su especialisima vocación à los ministerios evangélicos?

GREET DO

## CAPÍTULO XI.

Nueva excursión á los Barbados.

En medio de sus tareas literarias, tan santamente combinadas con sus apostólicas correrias, emprendidas con ardiente sed de reanimar el fervor cristiano entre los europeos avecindados en el Marañón, alimentaba el P. Malagrida su favorito anhelo de ir á llevar el pan de eterna vida à los infieles idolatras, errantes por aquellos incultos desiertos. Con santo é impaciente afán aguardaba ocasión oportuna de volver a las tribus nomadas, y no tardo a ofrecersele à medida de sus deseos. Vencidos los Barbados por los portugueses en combate decisivo, imploraron la paz con los vencedores, y en prenda y testimonio de su buena fe pidieron con reiteradas súplicas algun Ropanegra, que los doctrinase la verdadera religión.

Olvida el amor fácilmente los agravios; y con este fino amor, echando el P. Gabriel en olvido todas las penas y sinsabores, que había tenido que sobrellevar de parte de aquella tribu feroz è ingrata, apresurose à ofrecerse à los Superiores para tan arraigada empresa, y lo suplicó con tan viva y celosa insistencia, que no pudieron al fin dejar de acceder à sus ofre-